

mundo gráfico

Miércoles, 21 de Abril de 1937

AÑO XXVII
Número 1329
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



Martirio y reconquista de Brihuega

—Han matado a mi
marido... Y no he lle-
gado a conocer a
nuestra hija, nacida
mientras él peleaba
en el frente... Todo
lo que ha quedado
de mi casa en Brihue-
ga son unas pobres
ropas y un montón
de escombros...
(Fot. Videca)

En el interior del nú-
mero, un interesante
reportaje)

Lo que el pueblo no sabe de sus grandes hombres

Cómo ve al general Miaja su portero



“¿Qué?...
¿Qué tal
le parece
que lo estoy
haciendo?”

La figura del general Miaja empezó a concretarse ante el Ministerio de la Guerra, con los seguros trazos de una auténtica aptitud de caudillo, apenas se produjo la sublevación, en aquellos frentes del Sur que, sin unidades del Ejército organizadas, sin otras armas que las que cada hombre halló más a mano, en un impulso espontáneo de indomable bravura, pudo amenazar con su arrojo, tierras de olivares adentro, hasta los mismos bordes de Córdoba. Luego, Madrid... Esta defensa irreductible de Madrid, que está dándole al mundo el ejemplo de todo lo que puede lograr una firme voluntad de victoria. Y al frente de esta defensa de Madrid, aquella figura de caudillo del general Miaja.

Un gran general. Un nombre que tiene ya todo un capítulo en la Historia. Pero de esos nombres de la Historia al pueblo le interesa también la anécdota. Lo que la Historia no se cuida de recoger.

Cuando el general Miaja no era más que un nombre en el Anuario Militar

Antes de que le reclamara la Historia, el general Miaja vivía silenciosamente—sin hacerse notar—esa vida apacible de los generales que no son más que un nombre en las escalas de los Anuarios Militares. La de los generales «que mueren en la cama». Todavía Madrid no había sentido cómo le mordían en los lomos los dientes de la metralla enemiga. Todavía no había empezado a ser Valencia la retaguardia que consiente la euforia de tantos madrileños fugitivos.

—Entonces don José llevaba una existencia muy ordenada. Madrugada. A las siete estaba ya en pie. Y salía de casa sobre las nueve, en el coche oficial, con su ayudante. Volvía a comer sobre las dos. Y luego solía salir por las tardes de paseo con la familia, a pie o en el coche. Hasta la hora de cenar. Por la noche se retiraba pronto. No recuerdo que nunca fuese al cine o al teatro.

El general habitaba en una casa confortable, de clase media bien acomodada, en el paseo de Alberto Aguilera. Y el portero, Manuel Casado Millán, recuerda a don José Miaja cuando todavía el concepto de la admiración popular no había deformado su figura con la expresión apasionada de los grandes personajes históricos.

—En una primera impresión, el general parece un hombre de esos «encerraos» en sí mismos, de pocos ami-

gos. Pero apenas se habla un rato con él se manifiesta ya un natural risueño y sencillo. Muy llanote—pondera, efusivo, el portero.

Aquello de Asturias...

Manuel Casado Millán era ya portero de la casa de la calle de Alberto Aguilera cuando llegó a ella como inquilino el general Miaja, en Octubre de 1934. Entonces le conoció. La fecha abría en la sensibilidad del general profundas grietas por las que llegar al conocimiento.

—Lo de Asturias le pareció mal. Sin que lo dijera, se adivinaba que no aprobaba lo que el Gobierno hacía para reprimir el movimiento de protesta de los trabajadores.

De lo que entonces hablara el inquilino con el portero, Manuel Casado no recuerda—o no quiere recordar—nada. Sólo aquella disconformidad con los procedimientos de que el Gobierno usó para la represión. Después...

—El día en que fué, muy puesto de uniforme y con todo el pecho lleno de «caracolas», con todas las condecoraciones, a cumplimentar al Gobierno del Frente Popular, volvió muy contento y me dijo: «Ahora es cuando tenemos un Gobierno de verdad republicano.» No pasaba una vez por el portal que no se detuviera a charlar conmigo. Así es de campechano y de sencillo el general Miaja.

Lo que pensaba de los mandos militares, antes de la sublevación, el general Miaja

Más recuerdos:

—Otro día hablábamos de los rumores que corrían entre la gente acerca de supuestas actitudes de algunos militares. «Lo que había que hacer era quitar a Cabanellas, a Mola y a Franco», declaró el general Miaja. Y no habían de tardar los acontecimientos en darle la razón. «¿No se lo decía yo a usted?», comentaba don José, en esta misma portería, cuando se recibieron las primeras noticias del movimiento. Poco después fué destinado al frente de Córdoba. Y si sigue allí, entra en la ciudad—asegura Manuel Casado—. A mí—añade—me han dicho algunos de los soldados que estuvieron a sus órdenes en aquel frente: «Nos extraviaron con traernos de allí a Miaja.»

Cuando su familia estuvo en poder de los facciosos, lejos de vacilar su voluntad en la lucha, parece que se robusteció el ademán con que el general defendía la legitimidad del Gobierno.

—Entonces debió de sufrir mucho don José. Pero él, que conmigo hablaba de todo, de aquel sufrimiento suyo no me habló. Me siguió hablando, como siempre, de la seguridad del triunfo de las armas republicanas. «Cuando casi no tenía armas la República!...

El general Miaja, padre de familia y hombre de hogar

Fuera de sus obligaciones militares, el general Miaja vivía dedicado a su familia y a su hogar. Se le veía contento en la casa. Rodeado de su mujer, de sus hijos—acaso el mayor, Pepito, su predilecto—y una sobriñita, Dominguita, que era entre los hijos unos más.

—Quizá por eso dejó el cuarto cuando se quedó solo en Madrid—dice el portero—. Porque le recordaba demasiado aquel hogar y aquella familia que las circunstancias de la guerra habían deshecho momentáneamente. Cuando tenía con él a los suyos, nunca se le oyó regañar, ni se le vió disgustado. Hasta las muchachas del servicio en casa del general Miaja estaban siempre de buen humor.

Una pregunta del presidente de la Junta de Defensa de Madrid a su portero

—Así de sencillo y de bondadoso era el general. Y así sigue siendo. Alguna vez he ido yo a visitarle, después, a su residencia oficial. Pero él también ha venido a visitarme a mí. Una tarde volvía por aquí, por este paseo, en el coche, con sus ayudantes, después de recorrer los frentes. Y al llegar a esta casa hizo que el coche se detuviera y bajó al portal, a charlar, como en otros tiempos, conmigo. Hablamos de la situación. De esta situación que por la bravura del Ejército republicano, pero también por la serenidad y las dotes de mando y de organización del general, asegura al fascismo en Madrid una derrota que llevará hasta fuera de España sus consecuencias. Don José, por oírme, me preguntó «¿Qué?... ¿Qué tal te parece que lo estoy haciendo?» En broma, yo le contesté: «Lo está usted haciendo bien; pero hay que hacer todavía más.» Y don José, volviéndose a uno de sus ayudantes, respondió, sonriendo: «Pues habrá que hacer más. Haremos lo que quiera el portero de Alberto Aguilera...» Así de sencillo así de llanote—dice Manuel Casado—es el general Miaja!

Pequeños datos para una gran biografía histórica

A la Historia pasará el general Miaja con la expresión severa de estas horas graves de la defensa de Madrid. Pero al pueblo había que mostrarle también esta otra fisonomía, más íntima, de fácil y cordial afabilidad. El ceño fruncido ante la guerra y la sonrisa abierta en la paz. Una sonrisa que está ya prometiéndoseos segura para muy pronto en los aciertos del heroico general republicano.

(Fot. Videca)

JOSÉ ROMERO CUESTA

El camarada aviador, después de habernos hecho las últimas recomendaciones del caso, ha ocupado su asiento en el aparato. Vamos a volar sobre el campo enemigo, en un caza velocísimo. No es el nuestro un aparato de bombardeo, y, sin embargo, puede habilitarse para llevar algunas bombas que, en caso necesario, pueden ser utilizadas para ayudar al esfuerzo de nuestros compañeros de tierra. El camarada aviador es un hombre silencioso, avaro de palabras. No pronuncia más que las indispensables. En silencio repasa el aparato y observa cuidadosamente el ruido del motor, tomándole el pulso con el oído al bramar interior de la pechuga de aluminio.

No es ésta la primera vez que volamos. Antes de ahora hemos cruzado el espacio varias veces; pero siempre con un propósito turístico o de viajero apresurado. En aviones de guerra y con propósito puramente militar es la primera vez que volamos. Apenas nos damos cuenta del despegue. El camarada aviador es un expertísimo piloto, conocidísimo antes de la guerra por sus arriesgados vuelos,

ciones. Volábamos sobre las posiciones enemigas. Los volatines obligados en la lucha que se avecinaba podían ser doblemente peligrosos si conservábamos las bombas que habíamos cargado a la salida. Este debió ser el pensamiento del camarada aviador, porque, de pronto, bajo nosotros empezaron a levantarse unas densas nubes de humo y polvo. Era que estábamos descargando las bombas. Hasta nosotros no llegaba el ruido. Y era raro y grandioso el espectáculo, si no le empañara el pensamiento de que bajo esas nubes que tomaban formas caprichosas contempladas desde la altura, miembros humanos, impelidos por una fuerza infernal, estarían en aquel momento bailando la terrible danza de la muerte. Pero la guerra es ésta. Cada minuto hay que beber un sorbo apresurado de vida, por si es el último. Y el instinto de conservación, la réplica en legítima defensa, encallecen el alma y no dejan espacio al sentimentalismo.

Llegaban ya junto a nosotros los cuatro aviones enemigos cuando descargamos la última bomba. En el aire

quieto de la altura se rizaba el azul con el bramido de los motores bajo las alas rectas e impasibles.

Nuestro camarada había evolucionado al aparato con una maravillosa agilidad de pájaro. Viéndole manejar llaves y palancas con una serena rapidez, obedecida dócilmente por el aparato, se diría un hábil domador educando un corcel demasiado gruñón, pero obediente.

Los enemigos trataban de dominarnos en la altura para agujerear el aparato con el pulverizador de la ametralladora; pero no lo conseguían. Entretanto, las balas agujereaban el aire sin lograr el objetivo deseado. Era maravilloso el espectáculo. Su propia grandeza hacía olvidar el peligro inminente en que nos encontrábamos flanqueados por los cuatro aviones enemigos, dispuestos a derribar su presa. ¿A qué altura estaríamos? ¿Mil metros? ¿Mil quinientos? ¿Dos mil? La tierra era sólo una mancha sin perfiles en el fondo de un abismo sin paredes.

Pero nosotros adivinábamos que sobre aquel haz de sombras sin perfiles, en nuestras trincheras y en las ene-



presididos siempre por una seguridad matemática. Es un hombre que apenas habrá traspasado la linde de los treinta años. Y, sin embargo, lleva ya muchos cruzando su nombre, entre comentarios admirativos, a todo lo ancho de las primeras planas de los periódicos.

Rápidamente hemos tomado altura, y desde aquí la tierra es apenas una sábana manchada de ocre vivo y obscuro, canalizado en los barbechos. Por las largas espadas de los caminos pasan los coches y los camiones, como puntos apenas perceptibles por el mimetismo terroso del camouflagé de las carrocerías. El cielo está limpio y el sol es más puro en las alturas. Abajo, la cuadrícula de los campos y algunos olivos en correcta formación al tresbolillo. Luego, un pueblo. Un montón de adobes oscuros, con el cuadrilátero de sombras de la plaza en el centro de los corrales bajos y de los tejados de un rojo sucio. Junto a la plaza, la iglesia, como una aguja sutil enhebrada en la bruma de seda.

En nuestras avanzadas de aquel sector se encendían de vez en cuando vivos reflejos. Un respunte de fuego cosía el paisaje entre el cielo y la tierra. Era el latido nervioso de los morteros y el porrazo pesado de la artillería de grueso calibre, vestidos de fiesta luminosa antes de alcanzar su meta destructiva. Pero, de pronto, el cielo, en la lejanía, se bordó de puntos negros, entre los árboles finos del horizonte, como una salpicadura de tinta sobre una plana de palotes. Eran cuatro. Se elevaban, ganaban altura para desde allí enfilarnos, caer sobre nuestro aparato, abierto el abanico nervioso de las ametralladoras. Nos habían divisado, y era necesario tomar precau-

migas, unos hombres anhelantes, con el rostro contraído por la ansiedad y los puños crispados por la emoción, estarían en aquel momento trazando con los ojos las mismas curvas imaginarias de nuestros aparatos, borrachos de volatines de esguinces rápidos, de escurridizas vueltas.

¿Cuánto duró la lucha? ¿Cinco minutos? ¿Cinco horas? El tiempo se había también dormido en su propia emoción, como si las agujas de los relojes no pudieran seguir pausadamente su camino, rodeadas de nervios tirantes.

De pronto, en nuestro aparato crugió una chapa, como si una máquina invisible fuera clavando en ella un rosario de remaches, y el aparato hincó la hélice hasta parecer una plomada. Pero nuestro compañero consiguió volverle a la horizontalidad. A través de la mica protectora del viento, se le veía, sereno, manipulando el automatismo del motor y de la ametralladora con la misma tranquilidad que si nuestro vuelo fuera una excursión de placer por el espacio.

Bajo las ruedas de nuestro avión surgió una lengua de fuego que tiñó el aire de rojo. Luego, una columna negra de humo se retorció en estrías salomónicas hasta borrar el rojo de las llamas. Un aparato enemigo había caído, atravesado por nuestros disparos. Iba hacia la tierra como una piedra lanzada a un pozo. A los pocos segundos, en la lejanía del fondo, unas llamas nerviosas lamían una tela de araña metálica, como si en el campo se hubiera encendido una hoguera de sarmientos.

ANTONIO ELIAS

EDICIONES ELEGANTES Y MODERNAS

Con los procedimientos gráficos modernos (los que mejor responden a las nuevas tendencias del arte), usted aumentará el encanto y la belleza de sus publicaciones, así como también la eficacia de todas sus impresos de propaganda. Trabajando de grandes tiradas, no inferiores a 10.000 ejemplares, en nuestros talleres le haremos toda clase de impresos artísticos, modernos y de refinado buen gusto, tanto en hueco como en tipografía: negro o colores.

NÚMEROS EXTRAORDINARIOS DE PERIÓDICOS REVISTAS TARJETAS POSTALES CATÁLOGOS FOLLETOS, ETC.

Consulte por carta o por teléfono a:

Apartado 571
Teléf. 57885

HERMOSILLA, 73
MADRID

PRENSA GRAFICA, S. A.

(Fot. Vide)

VALENCIA



Caminos

ANCHOS y firmes caminos de solidaridad entre Madrid y el resto de España libre, entre la capital y las provincias hermanas. Caminos inmovibles de solidaridad van y vienen entre Valencia y Madrid, entre Madrid y Valencia.

Y la tierra, rica y soleada, de Levante se esfuerza en producir más y más para que los hermanos de Madrid puedan seguir luchando. Y levanta su bandera de ayuda con orgullo, porque sabe que Madrid, austero y firme en su heroísmo, merece bien todo el apoyo, toda la solidaridad decidida de la España leal. Apoyo que es ataque en todos los frentes, producción en todas las tierras...

Lo merecen los combatientes de Madrid, las mujeres de Madrid, los niños de Madrid.

Los combatientes de Madrid, hombres de todos los rincones de España, agrupados en defensa del objetivo que el enemigo desea más, que aguantan firmes en sus puestos días y más días de asedio, decididos a no dejar el parapeto sino para ir al asalto de las posiciones enemigas.

Las mujeres de Madrid, que han soportado y soportan con serenidad trágica y elocuente los bombardeos sobre sus hogares, las privaciones impuestas por la guerra. Y han reaccionado fuertes ante el peligro, pidiendo los puestos de la producción en retaguardia para que todos los hombres fuesen a engrosar las filas de los defensores de la capital sitiada.

Los niños de Madrid, que sienten en sus carnes tiernas el dolor de la metralla; en sus ojos, abiertos a la vida en un momento de tragedia, la angustia de la casa destruida, de la escuela bombardeada, del hospital en llamas. Y en sus oídos, habituados a la canción infantil, la sorpresa triste del estampido del cañón y el febril martilleo de la ametralladora.

Madrid, sus defensores y sus habitantes, merecen toda la ayuda que se les debe, que es preciso proporcionar.

¡Ayudemos a Madrid!

Y Valencia presta cuanto puede esa ayuda a Madrid. La ciudad, la huerta trabajan incansables para que nada falte a los que luchan en los frentes.

Valencia toda trabaja para la guerra. Sus fábricas, sus talleres, el campo, todo está puesto al servicio de la guerra. Y sabe que su trabajo, su esfuerzo en la producción es tan valioso como las armas que luchan en el frente. Una granja, un taller, un grupo de trabajadores o de mujeres movilizadas en el trabajo son tan decisivas en la lucha como un cañón, una ametralladora, una compañía de combatientes decididos. Porque también los hombres fuertes de la vanguardia no pueden mantener-

Por las calles valencianas han desfilado postulantes y bandas de música, en signo de solidaridad del pueblo valenciano con Madrid



se en sus puestos si las mujeres fuertes de la retaguardia no se cuidan de ellos, de su vestido, de su alimentación, de sus hijos. Ni si los hombres no cumplen con su deber en la fábrica, en el taller y en el campo.

Y por eso Valencia trabaja activamente para que ese trabajo y ese esfuerzo sean dignos del heroísmo de Madrid.

El día de la postulación

Recientemente se ha celebrado el Día de la Postulación. Tras el constante esfuerzo en el trabajo, tras la enorme y productiva labor de los campesinos enviando convoyes de víveres para la ciudad mártir y heroica; tras

Un día de postulación dedicado a Madrid



—Es para Madrid, compañero... —dice una de estas muchachas que han postulado ahora en Valencia.

En una de las principales calles de Valencia: Una de las mesas petitorias instaladas por el Comité de Mujeres Antifascistas

(Fots. Vidal Corella)

el rudo luchar de todos los trabajadores e intelectuales laborando incansables para la guerra, porque luchando para la guerra es luchar para Madrid; tras los donativos constantes para hospitales de sangre y la recogida de huérfanos y evacuados, Valencia celebró, efusiva, un Día de Postulación, dedicado a recoger fondos para enviar víveres al Madrid glorioso.

Ese día una legión de mujeres se desparramó por calles y plazas recogiendo de cuantos cruzaban la vía pública el donativo que engrosara la total recaudación. De sus labios se desprendía la misma frase:

—Comaradas, Madrid heroico necesita nuestra ayuda.

FAUSTO LAMATA

Las muchachas del "Metro" tienen ya biblioteca

Del Dante a la baronesa de Orzy, y de Pierre Loti a Edgar Wallace

Un vendedor de periódicos de la Puerta del Sol ha entregado ya a la biblioteca tres donativos en libros y en metálico



Antonia Sánchez, la infatigable luchadora, dirige la palabra a unas cuantas empleadas del «Metro», en el local de la biblioteca ahora inaugurada



Un rincón de la biblioteca que las muchachas del «Metro» han inaugurado en Madrid



Las muchachas del «Metro» leen novelas, historias, libros sociales... (Fots. Piortiz)

Autores, autores...

Las muchachas del *Metro* tienen ya su biblioteca. La han inaugurado la tarde del 14 de Abril, con unas palabras sencillas en torno a lo que la biblioteca quiere ser. Las muchachas del *Metro*—las de las oficinas, las de las estaciones—tendrán desde ahora un rincón—claro, alegre, íntimo—en el que descansar, ante una novela o ante unos versos, de la jornada de trabajo.

La biblioteca es una estancia amplia. Dos estancias para los libros, una gran mesa de lectura, mesitas bajas, butacas... Y en el detalle, en el adorno, la fina huella femenina: las flores, el jarrón, la estampa...

En los estantes hay libros de muy diversos géneros: novelas, viajes, historia, política, sociología, versos, cuentos, idiomas... He aquí, recogidos en un rápido repaso del fichero, algunos de los autores que figuran en la nueva biblioteca de las chicas del *Metro*: Víctor Hugo, Tolstoi, Dostoievski, Gorki, Duque de Rivas, Alarcón, Bécquer, Espronceda, Larra, Rusiñol, Gómez Carrillo, Fernández-Flórez, Salaverría, Ramón Gómez de la Serna, Azaña, Sender, Domenchina... Del Dante a la baronesa de Orzy, y de Pierre Loti a Edgar Wallace.

La sección "Metro" en la organización de las mujeres antifascistas

—Claro que esto es sólo la «primera piedra» de nuestra biblioteca—dice María Román, la secretaria sindical de la sección *Metro*—. Queremos llegar a más, a mucho más. Lo de ahora lo hemos hecho en quince días. Verá usted...

María Román—un rostro sereno e inteligente, una voz pausada—cuenta cómo se ha creado esta biblioteca. Hace dos meses, en una reunión celebrada en la sala de fiestas de un local madrileño, las muchachas que trabajan en el *Metro* tomaron el acuerdo de ingresar en la Asociación de Mujeres contra la Guerra y el Fascio. Esta Agrupación femenina, teniendo en cuenta el crecido número de las que trabajan en el *Metro*—unas quinientas—, les concedió que se organizaran autónomamente. Forman, de este modo, la sección *Metro* dentro del organismo provincial de las mujeres antifascistas.

—Entendimos que uno de nuestros primeros deberes—continúa la secretaria sindical de la sección—era el de crear una biblioteca, en la que nuestras trabajadoras pudiesen atender su espíritu y su cultura. Hace quince días pusimos manos a la tarea. Y estamos contentas de lo que en tan poco tiempo hemos podido reunir: cuatrocientos volúmenes y ochocientas pesetas. Y tenemos promesas de nuevos y numerosos donativos en libros y en dinero. Entre los que nos han ayudado figura el general Miaja. Y todos nuestros compañeros del *Metro*. Hay un rasgo muy simpático: el de un vendedor de periódicos en la Puerta del Sol, Juan Antonio López, que por tres veces nos ha entregado ya libros y dinero. Y que ha prometido, además, seguir ayudándonos.

La tarea que empieza ahora

Como las horas de trabajo de las empleadas en el *Metro* son distintas, la biblioteca estará abierta a lo largo de todo el día, para que en cualquier momento puedan ir a ella las lectoras. Las bibliotecarias serán dos: Soledad Riestra y Natividad Rosón. Hay ya redactado un primer fichero, y después se harán otros y un catálogo.

El local les ha sido cedido por el Círculo Socialista del Norte; los muebles, por los propios compañeros de trabajo, y ellas, las empleadas, han completado la instalación trayendo por sí mismas lo que podía dar más acento femenino a la biblioteca: las flores, el jarrón gracioso, la estampa que quita monotonía a la pared...

—... Y ahora, inaugurada la biblioteca—continúa María Román—, falta lo más importante de nuestra tarea: la labor cultural que desde aquí hemos de realizar para elevar el nivel espiritual de nuestras compañeras. Hay que despertar en ellas, en primer término, el afán de lectura. Que leyendo puedan, al mismo tiempo, entretenerse e instruirse, divertirse y aprender. Por esto queremos contar con muchos libros—tenemos ya algunos—de lenguas, de historia, de ciencias, de sociología. Daremos clases, cursos de cultura, conferencias, lecturas comentadas, proyecciones cinematográficas orientadas en ese mismo sentido de mejoramiento intelectual y social...

GABRIEL ARACELI

¡CUIDADO CON LO QUE SE BEBE!

Los grandes peligros del alcohol industrial

Todo el mundo, y con razón de sobra, se preocupa de qué se come y de cómo se come en Madrid. Obsesión justa, porque ya dijo Sancho que «tripas llevan piernas» y que «de la panza sale la danza».

Pero, además de comer, el hombre bebe. Los madrileños gozan de preeminencia en la satisfacción de esta necesidad, porque nuestra agua de Lozoya es una auténtica maravilla. Con nuestro Lozoya no parece rezar la calificación de líquido insípido que la ciencia da al agua. El agua de Madrid «se paladea» como un licor pródigo. Privilegio de propios y envidia de extraños es el agua madrileña; tesoro que aun bajo la dureza de la guerra nos podemos permitir el lujo de derrochar. No haya cuidado de que el Lozoya nos haga ninguna jugarreta. De conservar su pureza se encargan con extremado celo las autoridades sanitarias. Y ellas nos garantizan que el agua madrileña seguirá limpia, clara, potable y exquisita, sin temor a contaminaciones nocivas.

Pero así como no sólo de pan vive el hombre, tampoco se resigna a no beber más que agua. El hombre es el único ser de la creación que injiere alcohol, como es también el único que traga humo, usa ropa y paga la vivienda. Tristes privilegios que nos hacen dudar un poco de la superioridad humana sobre el resto de la escala zoológica.

De antiguo se sabe que el hábito vicioso llega a constituir una segunda naturaleza, y así la costumbre de beber alcohol ha llegado a ser para el hombre una necesidad. Aceptemos, como irremediable, esa fatalidad viciosa.

Pero no por eso descuidemos su vigilancia y que —del mal el menos—, ya que experimentamos el morboso placer de envenenarnos, procuremos que la intoxicación sea lo más lenta y agradable posible.

En Madrid, ahora, se carece de muchas cosas y escasean otras tantas muy necesarias. El vino y los licores no se han librado de esa ley de carestía. Sin embargo, ni la tasa del pan, ni el racionamiento de otros artículos alimenticios, han producido daño sensible en el estado sanitario de Madrid. Por fortuna, las verduras y las frutas suplen con ventaja, por su riqueza vitamínica, a los alimentos de origen animal. Y los madrileños, con los frutos de la tierra, se defienden tan ricamente, sin otra pérdida que una muy saludable de grasas y adiposidades superfluas.

Pero el vino escasea, y los licores hechos de alcohol vínico hace tiempo que se agotaron. Sin embargo, en todos los bares, colmados, cafés y tabernas madrileños siguen vendiéndose coñacs, aguardientes, raras mistelas,

copas de un Jerez sobre cuyo oscuro origen podría entablarse más larga disputa que sobre la cuna de Homero o la patria de Colón.

Y he aquí un peligro, un gravísimo peligro para la salud de la población madrileña. No se trata de un aumento de la embriaguez pintoresca, sino de un auténtico y grave daño para nuestra integridad fisiológica.

Concretamente: los vinos y licores que hoy se expenden en Madrid están elaborados con alcoholes industriales. El alcohol vinícola, en dosis moderadas, es un estimulante, un tónico y tiene cualidades nutritivas. El alcohol industrial *no es nada más que un veneno* para el organismo humano.

Los alemanes, durante la Gran Guerra, batieron un record fantástico en la búsqueda de sustitutivos de los productos naturales que les faltaban. La industria alcohólica aprovechó las experiencias de la necesidad, y hogaño se extrae alcohol de las materias más insospechadas: de las maderas, de las patatas, hasta de los trapos viejos.

El vino y los licores elaborados con esos alcoholes son tóxicos. Un doctor eminente, especializado en cuestiones sanitarias, nos lo afirma rotundamente:

—Mal año para los bebedores. Con el título de coñac, Cazalla, Jerez o *vermouth*, se están vendiendo en Madrid unos líquidos absurdos, cuya clasificación es un misterio indescifrable. Esa alquimia no significaría sino una picardía pintoresca si no estuviera basada en el empleo de alcoholes industriales, que son poderosos venenos.

—¿Qué efectos produce en el organismo ese alcohol?

—Desastrosos. Se han estudiado a fondo, porque, desgraciadamente, el mal es antiguo. En Europa, durante la Gran Guerra, y en Norteamérica, mientras rigió la «ley seca», los alcoholes industriales produjeron muchas víctimas. Uno de sus efectos más inmediatos es el del enflaquecimiento, la depauperación rápida del bebedor. Y más a la larga, los trastornos mentales, el delirio, la demencia. En pueblos del Norte de Europa que consumen mucho alcohol para combatir los rigores del clima, las bebidas elaboradas con alcoholes industriales han llegado a producir casos de locura colectiva, y en los Estados Unidos hubo necesidad de montar sanatorios especiales para atender el enorme contingente de enfermos que sufrían trastornos cerebrales por el uso de los sustitutivos del alcohol.

He ahí, madrileños frecuentadores de establecimientos—en un tiempo vinícolas—el nuevo y grave peligro que nos acecha.

Y he aquí, autoridades que se afanan en cuidar el estado sanitario de este Madrid heroico, uno de los problemas que reclaman vuestra urgente atención. ¡Cuidado con lo que se bebe! No nos guía en estas advertencias el menor propósito alarmista, sino el celo justo—que a todos debe servir de estímulo—de evitar calamidades remediables a este pueblo madrileño, que está siendo, en las más graves circunstancias de su Historia, ejemplo y admiración del mundo.

ALVARO REAL

SANGRISÁN

DEPURATIVO

PERFECTO DE LA SANGRE

Venta en todas las farmacias.

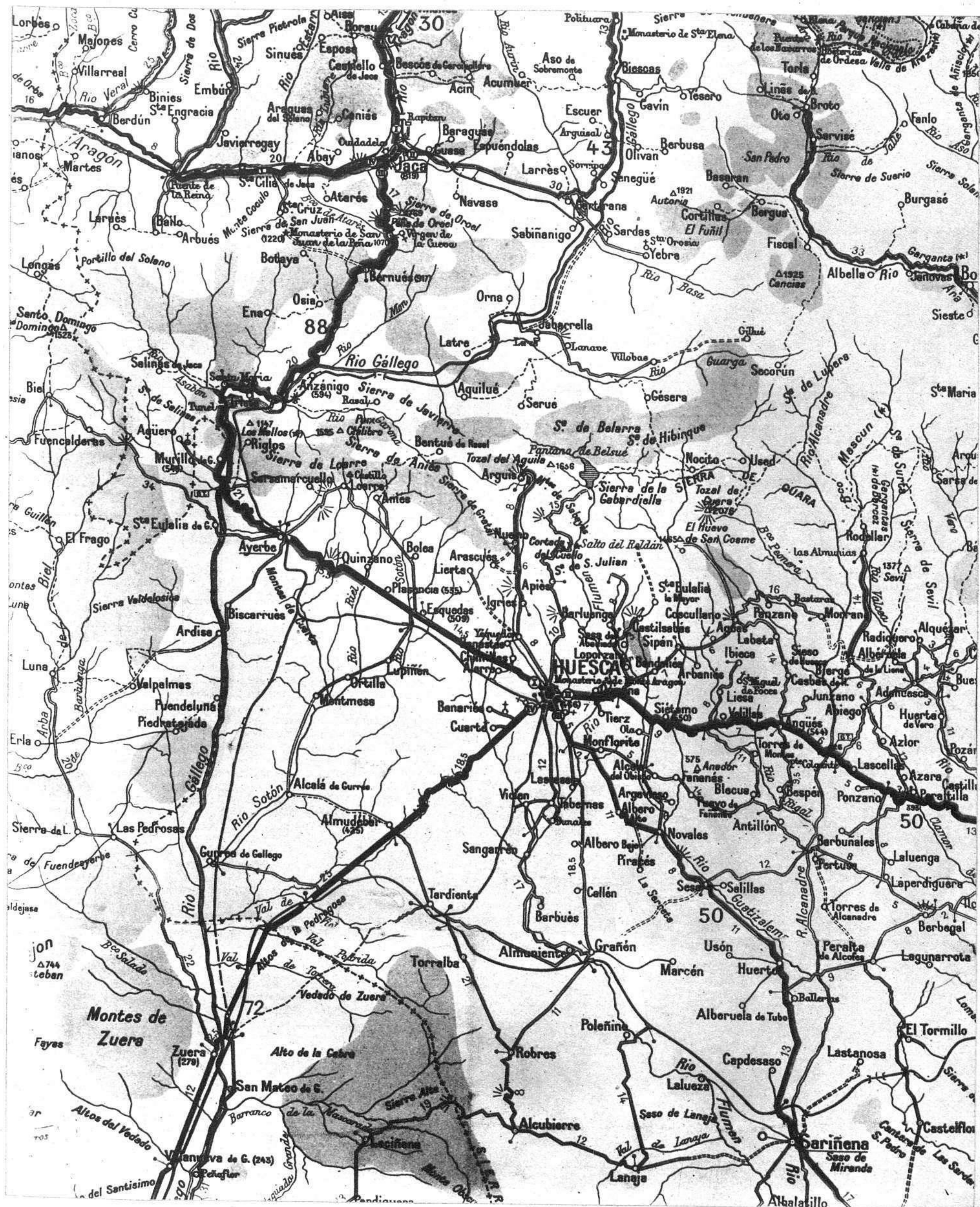
ESTAMPAS DE LOS FRENTES DEL CENTRO



Una villa reconquistada. Buen humor en los muchachos, que combatieron duramente para conseguir el objetivo que el Mando había señalado



Un puesto de vigilancia en las avanzadas de nuestro frente, más allá de Brihuega (Fots. Vide)



Los escenarios
de la guerra

El frente de Huesca

LOS ESCENARIOS DE LA GUERRA
MUNDO GRAFICO ha publicado el mapa del frente de Guadala-
jara en su número del 31 de Marzo; el del frente de Córdoba
—sector de Pozoblanco— en el número del 7 del corriente Abril,
y el del frente de Vizcaya, en el del 14. En números sucesivos
publicaremos otros mapas de los escenarios de la lucha



Una perspectiva parcial de Brihuega tras su reconquista



La iglesia de Brihuega, parte ejemplar de su arquitectura mixta, ha sobrevivido a la guerra



Oficiales del ejército de Brihuega firman a nuestro colaborador el permiso a que se preste preferencia en la información



Ruinas, ruinas, ruinas. Dramática estampita de Brihuega tras el horror de la guerra



—Por allí se lo llevaron... Y el viejo señala el sitio por donde marchó el hijo que iba a ser fusilado...



Una calle de Brihuega, la reconquistada

Martirio y reconquista de BRIHUEGA

Las calles en ruina.—Heroica actuación de los carabineros.—La mujer sin marido y sin hogar.—“Por allí se lo llevaron”.—Pruebas materiales y documentales

El obús junto a la fuente

BRIHUEGA era un pueblo de calles estrechas y casas blasonadas, tendido a dormir en una sima. Ahora es un montón de escombros. En el centro tenía una plaza con un espigón de soportales y una fuente de seis caños. Por los soportales paseaban, los días de lluvia, las jovencitas casaderas, enhebrando horas tontas de provincia con palabras de cortejo. Ni las risas de las mozas casaderas, ni el ruido constante de los seis caños de la fuente, ni la respiración del viento afinando sus bordones entre los árboles de la entrada, lograron nunca turbar el silencio de Brihuega. Pero, de pronto, el pueblo fué un volcán de ruidos y de ayes; un escenario de pesadilla para las mujeres, enloquecidas. Hasta la hondonada caía el reventón de los obuses y el tartamudeo nervioso de la ametralladora bordando el cañamazo antiguo de los tejados. Acababan de entrar en el pueblo los fascistas, entre un loco cerrar de los párpados de las persianas sobre la boca cerrada de las puertas. En las viejas cuevas de las casas se «arrebujaban» en sombra rostros medrosos de mujeres. Sonaban por las callejas estrechas, donde antes el viento se hacía espadas finas de hielo, los zapatos claveteados de los invasores, y un rumor de lenguas extranjeras bajaba hasta los sótanos, donde las viejas y los niños aguzaban el oído medroso para tomarle el pulso a los zaguanes. De la plaza sólo queda ya la fuente y un trozo de la planta tendida de los soportales.

—En esa fuente—me dice ahora una niña enlutada, de ojos tristes—estaba mi madre cuando la mató un obús italiano.

Al fondo había una torre cuadrada, donde los invasores colocaron un mortero. Un disparo exacto de nuestra artillería echó al aire, en la hora de la reconquista, al mortero y a las piedras doradas.

Apenas han quedado habitantes en Brihuega. El temor a las torturas fascistas les hizo abandonar el pueblo. Luego, los fascistas se encargaron de disminuir aun más el número de los habitantes.

La mujer enlutada y su hija

Ahora empiezan a volver con la ansiedad de los peores presentimientos, a llorar su elegía de hogar deshecho junto a los escombros entrañables. En la plaza, junto a un trozo de fachada donde aun se conserva una inscripción grabada en la piedra asegurando que aquella «real cárcel se edificó a expensas del rey, nuestro señor», está llorando una mujer enlutada. Los trabajos y las penas le han arado la frente; pero se le nota que aun no ha traspasado los treinta años. Tiene en los brazos una niña de pocos meses. Junto a la mujer hay dos sacos de arpillera, de los que se desbordan unas pobres prendas íntimas de lino grueso. Sobre el suelo, los restos de una máquina de coser. Entre sollozos me cuenta la mujer enlutada:

—Yo salí de Brihuega antes de que entraran los fascistas. Les tenía miedo, que toda mi familia es de izquierda. Mi marido era obrero, y tomó parte en la toma del Cuartel de la Puñalada. Era de la C. N. T. Luego estuvo en la conquista de los cuarteles de los alrededores de Madrid y en la de Guadalupe. Me le han matado los fascistas. Estaba en el pueblo. No la ha llegado a conocer. Ahora, al volver a Brihuega, me encuentro con mi casa destruida y con la familia muerta. Los invasores se han llevado lo poco de valor que me quedaba. Esto es todo lo que me queda.

Todo lo que le queda es un pobre montoncito de ropa interior que ella iría preparando con afán para el ajuar de la boda en esta misma máquina de coser que ahora tiene destruida junto a las ruinas.

“Por allí se lo llevaron”

En otra calle, a la izquierda del pueblo, está un viejo silencioso sentado en una silla. Está inmóvil, recostado sobre el fondo claro de las ruinas, con las pupilas clavadas en el suelo. En sus ojos, enrojecidos de tanto llorar, se ha agotado ya el llanto de las lágrimas. Tiene superada la humana capacidad de dolor, y parece entontecido. Sin levantar la cabeza del suelo, me dice:

—Esta era mi casa. Era la vieja, el hijo y yo. Al hijo se lo llevaron una mañana. Los fascistas para fusilarle. Detrás de él se fué el hijo. Ninguno de los dos ha vuelto.

De pronto se pone de pie y señala la tierra última las raíces. Levanta el brazo y señala a una arboleda próxima:

—Por allí se lo llevaron. Y de nuevo clava los ojos en el suelo. Ya no pronuncia más palabras.

El jardín arrasado

Por donde se llevaron al hijo, con el cortejo desmelenado de gritos desesperados, todavía se ve la arboleda. Y la arboleda estaba declarada «reserva» por el Ministerio de Instrucción Pública. El hijo murió con sol y sin frío venían hasta ella los viejos, a jugar por el dédalo verde de las frondas. Ahora es un amasijo de árboles caídos, de musgo pisoteado por cien caballos.

Llegan los carabineros

Pero un día llegaron a Brihuega las tropas leales libertadoras. El Ejército de Italia, empujando a un Ejército extranjero en

llegaban de nuevo las explosiones de los obuses y el reventón de los morteros. Más de cien aviones leales rizaron el aire con los motores. Por las callejas de Brihuega empezaron a sonar otra vez palabras españolas. Las viejas y los niños abandonaron las cuevas para oír las más cerca. Acababan de entrar en el pueblo los carabineros. Una brigada de Carabineros, al mando del comandante Ignacio Grau. Cipriano Mera, destacado militante de la C. N. T., «que estaba allí, hombre sobrio de palabra y certero en la justicia, ha hecho un merecido elogio de estas fuerzas libertadoras. Con ellas, las brigadas de el Campesino y de Lister.

Los habitantes de Brihuega volvieron a oír hablar en español. La pesadilla había terminado cuando todavía se veía huir por los montes próximos a los italianos, dejando el suelo regado con todo lo que pudiera pesarles y dificultar la fuga.

Pruebas, pruebas, pruebas

En la casa donde se aloja el Alto Mando de los Carabineros, a muchos kilómetros más allá de Brihuega, están el teniente coronel y un grupo de oficiales estudiando operaciones próximas. Son unos hombres amables, que facilitan la labor del periodista en todo aquello que no sea incompatible con el secreto obligado de su actuación. Todos, como obedeciendo a una consigna, se niegan a dar sus nombres. No hay falsa modestia en la decisión, sino el propósito de que los elogios se apliquen a la actuación común.

Todavía quedan por allí recuerdos tangibles del paso de los italianos por las tierras de la Alcarria: ametralladoras, motocicletas magníficas, cañones, automóviles, material sanitario, ropa, zapatos... Y una abundante documentación: órdenes secretas, relaciones de fuerzas, oficios firmados por oficiales de Italia, «carnets» de italianos extendidos en Burgo de Osma, «con residencia en el Seminario»; fotografías equívocas de bambinos del Ejército regular de Mussolini y cartas, muchas cartas. En todas ellas aparecen las direcciones del sobre, escritas en clave. Así ésta, que dice:

«Per via aérea. Sigur Tenente Ettore Romagnoli. Posta Speciale, 500. 2 v/30 O. M. S.» Nada más, fuera de los sellos—tres; uno, de una lira, de avión, y los otros dos, de 25 céntimos cada uno, con la cabeza de Víctor Manuel, anulados con el matasellos de Roma.

He aquí otro trofeo: un banderín con los colores de la bandera italiana y el emblema del fascio, y esta inscripción, bordada en italiano: «Nosotros siempre en vanguardia».

El oficial que me lo muestra remacha sus informes con estas palabras:

—Nuestro tercer batallón terminó la reconquista de Brihuega con las armas cogidas a los italianos.



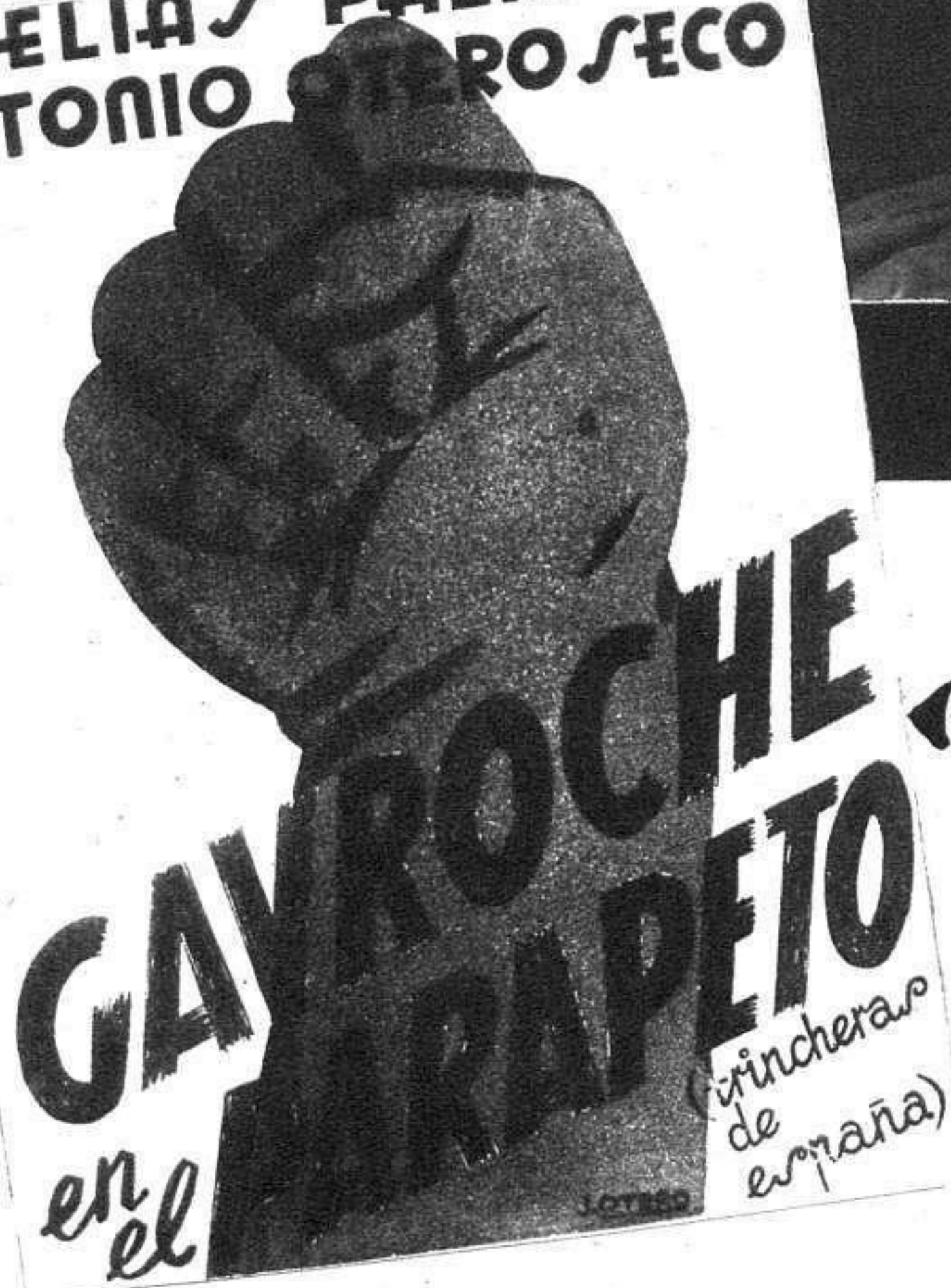
—Esto es todo lo que queda de mi casa...—dice la pobre mujer enlutada



Ha pasado la guerra. La invasión, primero; la reconquista, después. Ahora, alejado ya de la vieja villa al campo de batalla, las mujeres vuelven a coser a la puerta de sus hogares—de los pocos hogares que se han salvado—sobre las callejas antañonas (Fots. Videal)

El primer
libro de la
epopeya.

ELÍAS PALMA
ANTONIO OTERO SECO



La portada del libro que en estos días publican Elías Palma y Antonio Otero Seco

Elías Palma y Antonio Otero Seco en el momento de entregar al general Miaja y al coronel Rojo los primeros ejemplares de «Gavroche, en el parapeto» (Fots. Videá)

«Gavroche, en el parapeto»

No hace mucho, en estas mismas columnas, hubimos de lamentar la falta de contribución del arte literario a la gesta heroica que el pueblo español realiza.

Habían pasado casi ocho meses desde el estallido de la sublevación militar; de la conversión de ésta, primero, en una guerra civil, y luego, en una lucha de independencia contra la invasión de España por extranjeros; al mismo tiempo se estaba gestando una profunda revolución política y social, y esta sucesión, dolorosa y magnífica al mismo tiempo, parecía haber dejado inermes a los literatos, los novelistas y los poetas españoles.

No pedíamos que ya se hiciera historia porque aun no era tiempo de contemplar los hechos desde la serena perspectiva que el historiador honesto necesita como atalaya. Pero los hechos aun palpitantes, los documentos humanos vivos, los rasgos vibrando en patetismo actual, llamaban vanamente a la sensibilidad de los profesionales de las artes literarias. No se publicaban libros, novelas nutridas con la realidad dramática, en carne viva, de la guerra.

Y he aquí que, como en réplica inmediata y oportuna a nuestra queja, y coincidiendo con la fecha de gloria y de trabajo del 14 de Abril, aparece en las librerías un volumen flamante, el primer libro que se dedica a la epopeya española.

Se titula *Gavroche, en el parapeto*, y lo firman, en cordial colaboración, el comandante del tercer batallón de las Milicias *El Socialista*, Elías Palma, y nuestro compañero Antonio Otero Seco, periodista. Así, sin adjetivo, y ya es bastante. Auténtico periodista de hoy, en que el ejercicio periodístico exige como nunca una agilidad espiritual, una cultura y una destreza literaria a toda prueba.

Podría, con motivo de esta colaboración, glosarse otra vez el cervantino discurso de las armas y las letras, si no fuera porque ahora la pluma se ha convertido en arma, y la palabra está obligada a tener la misma eficacia generosa y luchadora de la espada. Además, no cabe pa-

rangonar como distintas las inclinaciones de los dos autores del libro, porque si Otero Seco, que tiene por vocación y por profesión el escribir, hace ahora de la pluma un arma, y del periódico, una trinchera, Elías Palma cumple su deber de combatiente añorando los trabajos pacíficos de la inspiración literaria.

El comandante Palma es uno de tantos millares de españoles que, dedicados toda su vida a una actividad civil, pacifista por convicción, idealista por temperamento, se han visto obligados a hacer la guerra aceptando la dura ley de una realidad dramática y cruel. Veterano militante en el socialismo, con una larga experiencia de las luchas proletarias, Elías Palma profesa un credo que agrupa universalmente a los hombres en teorías de amor, de libertad, de fraternidad.

La guerra le ha envuelto, le ha empujado a convertirse en combatiente, a mandar hombres a la batalla. Profunda, dolorosa, magnífica transformación, que ha dado origen a la cantera de donde ha surgido ese glorioso Ejército Popular que defiende la independencia española. La guerra, convulsionando de indignación las conciencias, ha operado ese prodigio: el artesano, el labrador, el artista, el burócrata, el hombre de ciencia, el escritor y el comerciante se han convertido en soldados. Y por ellos, el pueblo y España están en pie, para asombro del mundo.

Antonio Otero Seco es escritor, periodista. Saber ver y saber oír son las dos primeras condiciones exigibles al buen periodista. La tercera, «saber contar», ya es calidad superior; pertenece al dominio del mejor arte literario, y sólo el escritor de raza, el espíritu trabajado por la cultura e inspirado por el arte, es capaz de realizarla.

Otero Seco, periodista moderno, escritor de raza, espíritu de artista, de poeta que se desangra en el periodismo—aun en su prosa crujiente y viva de hoy palpita el ritmo de sus versos de ayer—, sabe ver, oír y, sobre todo, contar, que es algo más que narrar en prosa, porque es interpretar la realidad prestigiándola con la belleza de las imágenes y la verdad de la emoción.

El idealista activo y el político militante que es Elías Palma, con el periodista dinámico y el poeta en potencia que es Antonio Otero Seco, se han fundido, dichosamente, en la colaboración que ha dado vida a este libro, magnífico sin hipérbole, que se titula *Gavroche, en el parapeto*.

Libro de cruda realidad y de temblores ideales. Como nuestra guerra, como nuestra revolución. Sangre plebeya y ansias redentoras. La bella palabra que flamea al aire como una bandera y el suceso minúsculo en todo su grandioso horror. Bastidores de una política que se pudre y anécdotas sangrantes vividas en las trincheras; traiciones de personajes y magníficos heroísmos anónimos. Vuelos gloriosos en el azul y tiros en las barricadas; retratos de personajes y coro plebeyo de magníficas masas enardecidas de rabia y de ideal... Lo que es nuestra guerra, lo que es nuestra revolución.

Todo eso, vivido día a día, minuto a minuto por dos hombres inteligentes, de aguda sensibilidad, palpita en el libro de nuestros camaradas.

Gavroche, en el parapeto. El título tiene, precisamente por su antecedente literario, un alto y también hondo simbolismo. Es *Gavroche*, el niño, porque el poeta y el soñador son siempre un poco niños. Pero es también *Gavroche* pillete del arroyo de París, ruiseñor de los humildes, que para ellos canta y por ellos muere; gorrión de la barricada y de los parapetos, que se burla de la metralla y hace a la Muerte un guiño picaresco; carne, alma y canción del pueblo; lírico, ágil y valiente símbolo del hambre de todos y el dolor y el heroísmo de todos.

Gavroche, en el parapeto. Título «alto, sonoro y significativo», como el que el glorioso Alonso Quijano eligió para su Dulcinea. Con este libro, dos hombres, dos espíritus de selección, prueban su amor a la causa del pueblo, identificándose, en aras de un ideal supremo de libertad y de justicia, con la plebe generosa y santa, que lucha, canta y ruge en la trinchera y en el arroyo.



Una dosis de vitalidad

Convencido de la eficacia del Jarabe Hipofosfitos Salud como tónico nervioso y reconstituyente óseo, lo receto siempre en los estados raquíticos y convalecencias, por considerarlo el mejor. — Emilio Mateos, Médico. Vezdemarban (Zamora)

Lo es en grado sumo el **Jarabe Salud** para combatir el raquitismo y librar a los niños y adolescentes de sus estragos. Con este reconstituyente el desarrollo es normal y el paciente recobra la salud y las energías perdidas.

Es el tónico reconstituyente más adecuado para la infancia por su probada eficacia y ser su sabor agradable y no repugnar como otros medicamentos. Está aprobado por la Academia de Medicina y recomendado por los médicos para combatir

**Inapetencia - Anemia - Raquitismo
Clorosis - Tuberculosis de los huesos**

Es un raudal de vida cada cucharada de Jarabe

HIPOFOSFITOS SALUD

Puede tomarse en cualquier época del año

Frasco grande: Ptas. 5,05 (timbre incluido)

LAXANTE SALUD

El más suave y eficaz contra el estreñimiento. No irrita.

En cajitas de 28 - 30 grageas: Ptas. 1,90 (timbre incluido), en farmacias.

Si desea muestra gratuita del **Laxante**, llene este Boletín y remítalo en sobre abierto, franqueado con céntimos, al **Laboratorio SALUD**, Apart. 17-Tortosa.

Nombre

Domicilio



CAPITOL

2.^a

Semana del
sensacional film
de CHARLOT

TIEMPOS MODERNOS

La creación más ex-
traordinaria y genial.
CHARLIE CHAPLIN
en una película de
ambiente social.

AVENIDA

Gran éxito de la película soviética

AMOR y ODIO

El film de todas las
mujeres antifascis-
tas.

Una página de la
guerra civil en la
Unión Soviética, lle-
vada a la pantalla
con un realismo ex-
traordi-
nario



BARCELÓ

Gran éxito del film español

¿Quién me quiere a mí?

con
Lina Vegros



PALACIO DE LA MUSICA

Un nuevo éxito de

EDDIE CANTOR



en

¿HOMBRE O RATON?

Comicidad arrolladora...

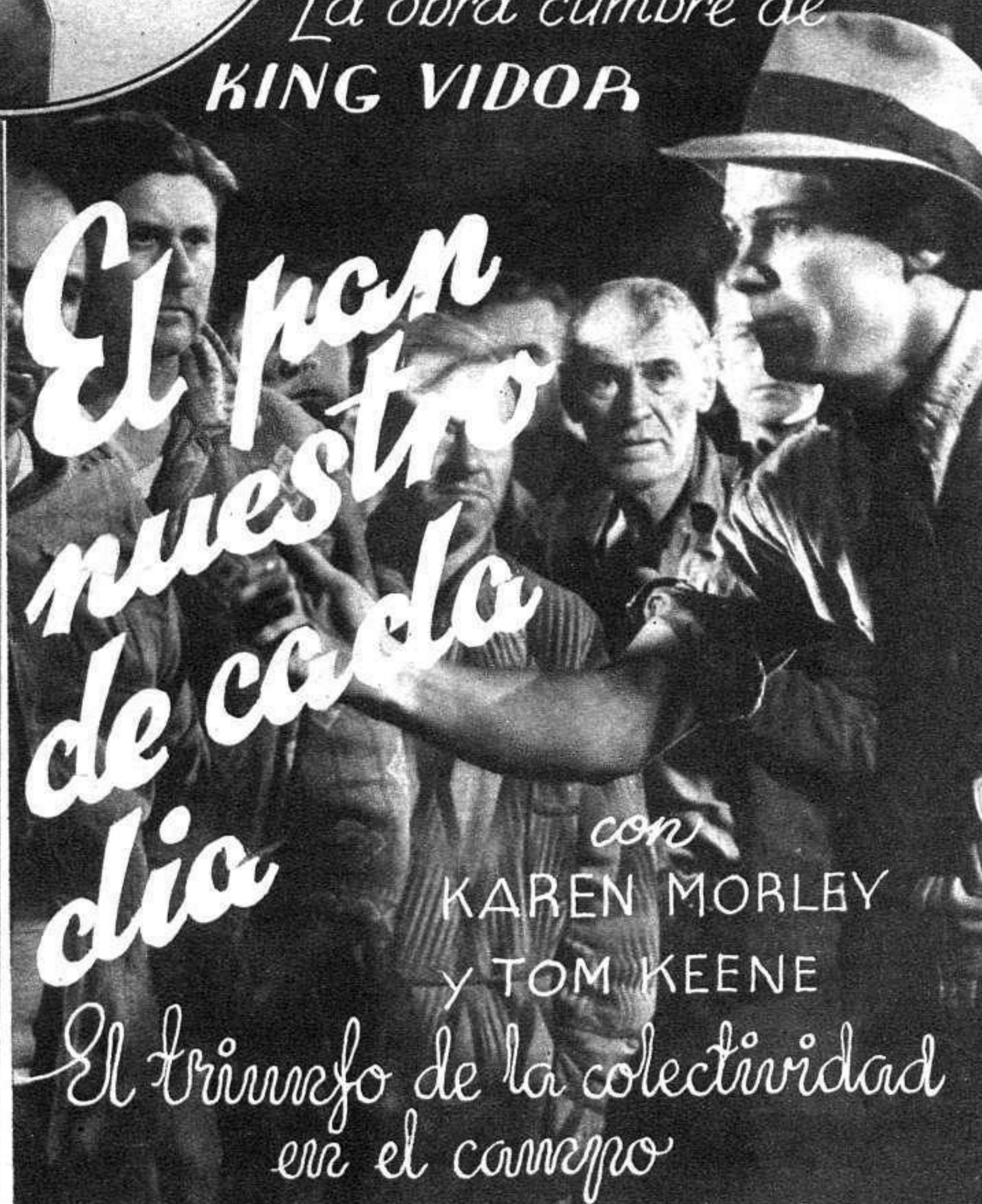
Una constante carcajada...

El «record» de la hilaridad

RIALTO

La obra cumbre de
KING VIDOR

*El pan
nuestro
de cada
día*



con
KAREN MORLEY
y TOM KEENE

*El triunfo de la colectividad
en el campo*

La sublevación en Zaragoza, recordada por un evadido del frente de Aragón

11

(Véase el primer reportaje en nuestro número anterior)

AQUEL CORNETA FUSILADO AL AMANECER EN EL CUARTEL DE LA ALJAFERÍA...

Los que no querían combatir en contra de sus sentimientos

Las autoridades militares en rebelión llamaron a ocho quintas de cuota y tres de haber. Ante el llamamiento se escondieron muchos. Entre ellos, este muchacho que en Zaragoza tenía su destino y que no sentía la causa que en la capital aragonesa acababa de triunfar. Como otros muchos, se escondió. Una familia amiga le brindó refugio. Se metió en aquella casa.

Empezaron a pasar los días sin que aquel muchacho, desde su escondite, oyese los cañonazos que le denunciaban la proximidad de las tropas del Gobierno. Al mismo tiempo que este momento se retrasaba, corría por Zaragoza la noticia de que se había empezado a fusilar a los que no se presentasen a filas. Se citaban ya algunos casos concretos de mozos que se habían escondido, y que luego, en los registros que se estaban haciendo, habían pagado con la vida su deseo de no ir a combatir. Todo ello movió a este muchacho a presentarse a las autoridades militares de la ciudad. El conocía ya la instrucción. Se le llevó al cuartel de la Aljafería.

Requetés en Zaragoza

Las tropas marchaban ahora tierra de Aragón adelante. Con ellas iban muchos afiliados de Falange, uniformados y equipados.

Todos hablaban en Zaragoza de Cabanellas como jefe del movimiento en Aragón. Los periódicos, la radio, la gente... Le llamaban «el generalísimo». Sin embargo, nadie le veía. A los quince días se le vio ya, hablando desde las gradas de la Diputación.

Un día empezaron a bajar requetés desde Navarra. Bajaron muchos, muchos. Boinas rojas. Se les vio desfilar, una y otra vez, por las calles, antes de salir camino del frente.

Dos fusilamientos en el cuartel de la Aljafería

Había una terrible disciplina para todo lo relacionado de cerca o de lejos con el movimiento militar. Se preparaba rápidamente a los nuevos soldados. De día en día la lucha adquiría en los frentes nueva magnitud, y era necesario enviar cada vez más refuerzos.

La vida—monótona dentro de lo inquieta—de aquellos días en el cuartel de la Aljafería se vio alterada un amanecer por la descarga de un fusilamiento. Un cornetilla había sido condenado a la última pena, y la sentencia fue cumplida aquella mañana. Tenía el muchacho diez y ocho años. Durante un combate en Almudévar se le dio la orden de tocar avance. Y él, que quería colaborar de algún modo en la lucha contra los sublevados, tocó a retirada, en vez de tocar lo que le habían ordenado. A consecuencia de ello hubo un pequeño descalabro. Fue detenido y llevado a Zaragoza. Se le juzgó sumárisimamente, y a las pocas horas fue fusilado.

También hubo por entonces, en el mismo cuartel de la Aljafería, otro fusilamiento: el de un artillero que, también deliberadamente, ajustó mal los cañones, fallando por eso los disparos. Se le condujo a Zaragoza, se le juzgó sin pérdida de tiempo y se le condenó a muerte. Una mañana, en el cuartel, quedó sin vida bajo los disparos del pelotón de ejecución.

Camino del frente

Aquel muchacho que, como otros muchos, había tenido que presentarse bajo la amenaza del fusilamiento, sólo tenía el pensamiento de pasarse a las filas del Gobierno en cuanto se viese en el frente y tuviese ocasión para ello. En su vida de cuartel ésa era su única esperanza. Por eso, cuando un día se dio la orden de salir para el frente, hubo en su rostro el contento que los demás no reflejaban. Para los demás, el frente podía ser la muerte. Para él podía ser la liberación.

Salió, con otros soldados, de Zaragoza. Los camiones cruzaban campos y más campos. Estaba lejos el frente. Por fin, Teruel. Las fuerzas siguieron todavía más adelante. Llegaron a su destino. La vida allí era otra, lejos de la retaguardia. Trincheras, refugios naturales, horas interminables de vigilancia, en las que la muerte podía llegar en cualquier instante. Por aquellas zonas de combate había soldados del Tercio y falangistas. Los recién llegados comían de un modo sobrio y modesto.

Una tarde en las avanzadillas...

En este frente de Teruel, los militares tenían enfrente a una columna de la F. A. I. Y en aquel muchacho, la obsesión de pasarse se hacía cada vez más aguda ante la proximidad de aquellos hombres a los que él quería acercarse. A nadie transmitió su pensamiento por temor. De algunos sabía que querían pasarse también, pero que les detenía el miedo a las posibles represalias sobre sus familias de Zaragoza.

Aprovechó la primera hora de una tarde. Sopor de siesta en el campo. Una absoluta tranquilidad en el frente. Estaba en una avanzadilla, con otros cuatro. El terreno era propicio. Descendió a un terraplén; una vez en él, ya no se le podía ver desde las filas que acababa de dejar. Siguió un poco la vía del tren. Después, un pinar espeso. A la salida se veían ya las otras líneas, las que él quería alcanzar. Se quitó la camisa, y con ella, a modo de bandera blanca, se fue acercando. Momentos después estaba con los muchachos de la F. A. I.

Con los muchachos de la F. A. I.

Le acogieron, primero, con cierta reserva. Explicable, porque algunos que también se habían presentado como evadidos habían resultado después espías, que se habían pasado sólo con el propósito de conocer la organización de las líneas gubernamentales.

Por eso, la llegada de evadidos era acogida con reserva. Con este que ahora llegaba, pronto se vio que, efectivamente, era uno de sus mismas convicciones y que se había pasado de unas a otras filas con un auténtico y sincero deseo de hacerlo. En seguida fue entre ellos un camarada más. Siguió allí, en el frente, unos días aún. Fue después a la retaguardia. Los jefes de la columna le destinaron a la Redacción de un periódico que los muchachos de la F. A. I. hacían para los combatientes de las trincheras. Un día, al cabo de unos meses, el permiso de unos días para venir a Madrid.

Así ha recordado sus horas de Zaragoza y del frente este muchacho que un día, incapaz de combatir contra los que encarnaban y defendían sus propios sentimientos, se pasó a ellos en las líneas de Teruel.

FERNANDO OSSORIO

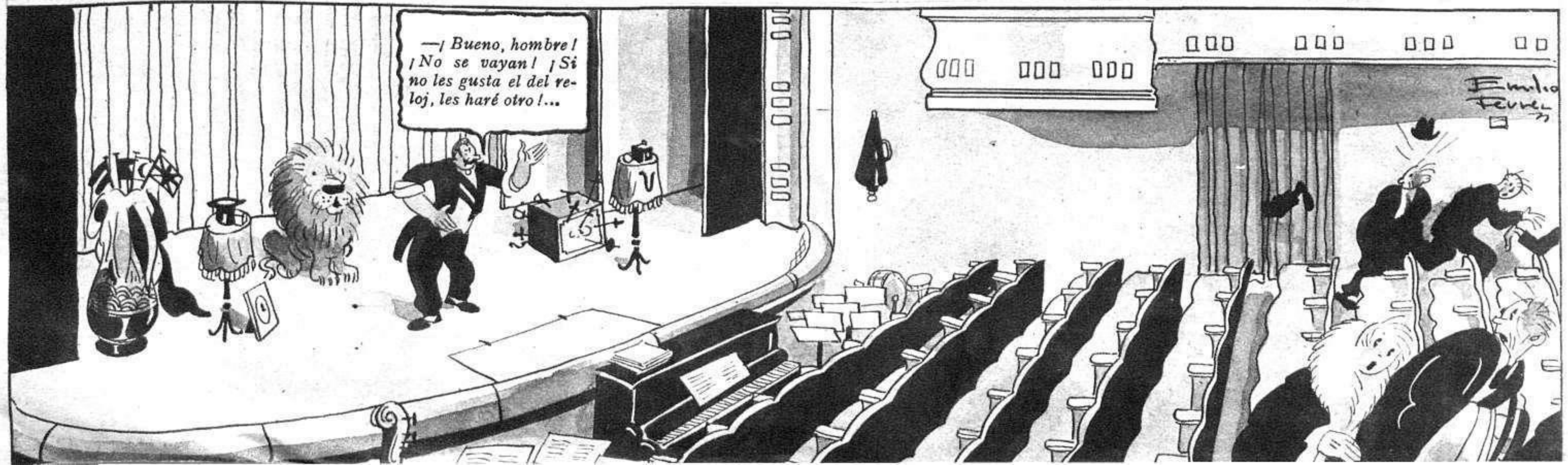
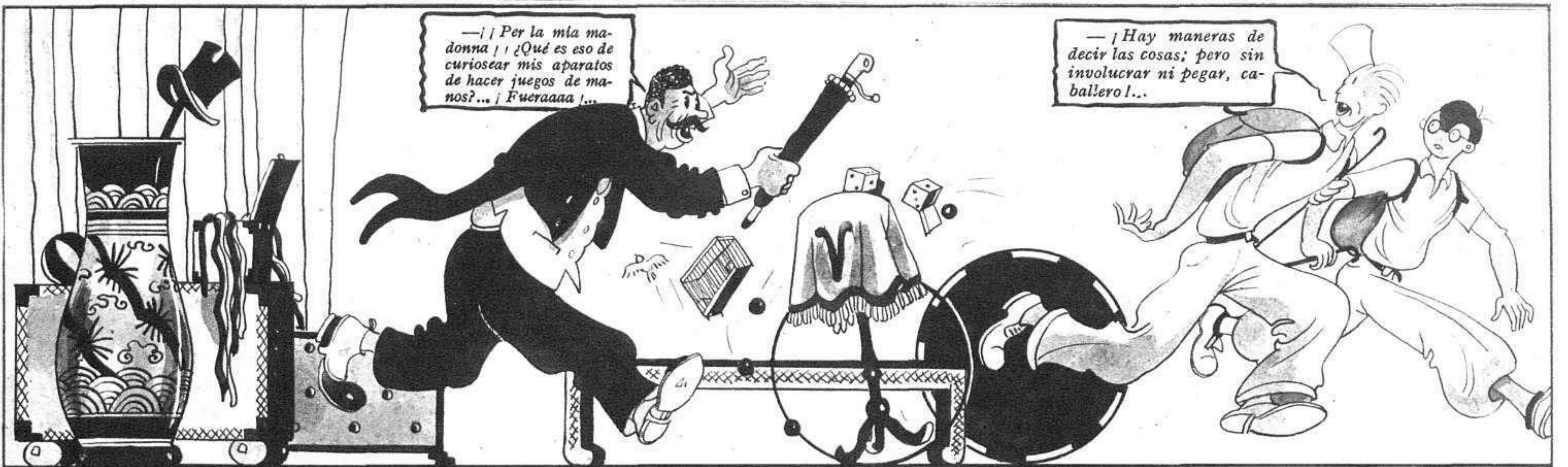
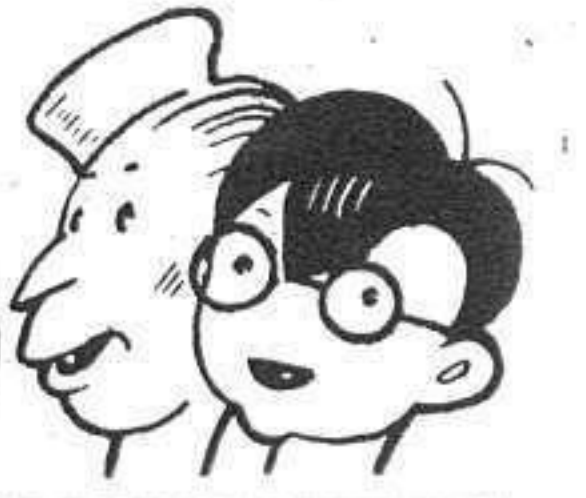
La ayuda de Barcelona a los hospitales de sangre

En la plaza de Cataluña, las enfermeras de los hospitales de sangre hacen una colecta entre el público a favor de los citados establecimientos

(Fot. Torrents)



LA VUELTA A MUNDO de COLÁS Y BARULLO



La superchería en la guerra

El resultado de una batalla naval.

Cómo se fomenta una rebelión.

Aquella escuadra fantasma del Almirantazgo inglés

La superchería, la simulación pueden dar excelentes resultados en la guerra, como medios para desorientar al enemigo e inducirle a error en cuanto a los planes contrarios. Estratagemas, falsos evadidos que en realidad son espías, difusión de noticias inexactas, con las que sólo se busca despistar a las filas de los otros combatientes.

La Gran Guerra—lección inagotable—ofrece muchos casos de cómo la superchería y la simulación, dirigidas hábilmente, inteligentemente, pueden llevar a resultados de importancia positiva.

Los cables de la batalla de Jutlandia

El 31 de Mayo de 1916 llegó a Londres secretamente la noticia del gran combate naval de Jutlandia, entre la flota inglesa que mandaba el almirante Jellicoe y la escuadra alemana que mandaba von Sheer. La batalla, en realidad, no fué, en su resultado, de unos ni de otros. Los dos combatientes consiguieron en ella algunos éxitos tácticos, y la victoria, como es sabido, no se inclinó de un modo decidido en favor de uno ni de otro bando.

Sin embargo, alguien, en los altos medios de la información militar y secreta inglesa, pensó que de aquella primera noticia, reservadamente llegada, podían obtenerse algunos resultados de interés. Hablaron financieros, políticos y militares. Rápidamente se acordó una acción, cuyas consecuencias habían de verse muy pronto. En las oficinas que el Intelligence Service tenía en Downing Street se redactó, el día 1.º de Junio, un cablegrama para Norteamérica, en el que se decía que la batalla naval de Jutlandia había sido una victoria para las fuerzas alemanas. En el mensaje se aumentaban deliberadamente las pérdidas inglesas y se silenciaban las del enemigo.

El efecto que se buscaba fué inmediato. Todos los valores británicos bajaron aquel mismo día, de un modo considerable, en la Bolsa de Nueva York. Los agentes del Intelligence Service hicieron comprar en masa, a consecuencia de ello, los títulos tan bruscamente depreciados. Fueron comprados a una tercera parte de su valor, y cuando ya la operación había sido totalmente realizada, un nuevo cable de las oficinas de Downing Street rectificó las primeras noticias. El cablegrama era esta vez también tendencioso, pero en el sentido opuesto.

Según estas nuevas noticias, la batalla de Jutlandia había constituido una victoria para Inglaterra y una suma de pérdidas importantísimas para Alemania.

En la Bolsa de Nueva York la reacción fué brusca e inmediata. Se buscaban ávidamente los valores ingleses que el día anterior habían sido depreciados. Los representantes de Downing Street pudieron vender con un alza fortísima los títulos por ellos comprados el día anterior a precios mucho más bajos. Se tradujo esto para Inglaterra en un beneficio que no tenía precedentes en la historia de las especulaciones financieras. Se ha calculado en sesenta millones de libras esterlinas lo que aquella hábil superchería sobre un hecho de guerra produjo a los ingleses.

De cómo una falsa noticia determinó una rebelión

La Marina alemana quería desquitarse de su actividad escasa durante la guerra. Indudablemente, podía haber desarrollado una acción más intensa, por la cantidad y la clase de sus barcos. Por esto, cuando ya no faltaba mucho para el Armisticio, los altos jefes de la escuadra alemana concibieron y planearon secretamente la idea de una ofensiva naval suprema y desesperada contra Inglaterra. La idea fué ocultada al Gobierno germánico.

El proyecto consistía en una salida en masa de los navíos que mandaba von Tirpitz, con el propósito de forzar la cortina de protección establecida por las escuadras aliadas. Algún barco—la suposición no era exagerada—podría llegar al mar del Norte; de éste, al Océano; y ya en estas aguas, su simple presencia cerca de la costa inglesa constituiría una seria amenaza para la seguridad de la Gran Bretaña.

Pero Inglaterra sabía esto. Y decidió, naturalmente, salir al paso de estos planes. El Intelligence Service empezó a actuar. Agentes suyos se presentaron en Kiel, en Meden, en Cuxhaven. Empezaron a hacer propaganda entre los marineros del Kaiser para que se rebelasen contra sus jefes y oficiales. Se hizo difundir entre ellos que la Marina británica se había ya sublevado también. Se había convertido al bolchevismo, y sólo esperaba el momento de fraternizar con los «camaradas alemanes». Las banderas rojas flameaban en los acorazados ingleses. Los oficiales estaban encerrados en los camarotes. Las tripulaciones se habían organizado al modo soviético.

Se aprovecharon, además, para esa labor de propaganda algunos otros motivos. Y el resultado fué que cuando el Almirantazgo alemán dió la orden de salida a los barcos, éstos no se movieron. Los fuegos estaban apagados, y muchas calderas, estropeadas. La escuadra alemana no pudo realizar sus planes de ataque, merced a la superchería inglesa de aquella falsa rebelión en sus propios barcos.

La escuadra fantasma del almirante Beatty

Otra superchería más: la del almirante inglés Beatty para engañar a los altos jefes de la escuadra alemana. Fué una estratagema ingeniosa y audaz. Creó una flota fantasma, como el doble de su gran escuadra real. Es decir, trasladó los operadores de la telegrafía sin hilos de los buques de guerra a simples barcos de carga, en los que aquellos hombres actuaban con arreglo a un plan previamente determinado.

Por tanto, los sinhilistas alemanes al captar los mensajes de la flota fantasma, no podían dar con la situación exacta de la verdadera flota. A consecuencia de algunos de aquellos despachos dedujeron que la escuadra británica evolucionaba en el mar del Norte. Y la verdad era que no había aún salido de sus bases.

Supuesta por el Mando naval alemán aquella situación de los buques, se decidió la salida en masa de la flota. Por esto los alemanes, en la batalla de Jutlandia, creyeron que el almirante Beatty estaba en las costas del norte de Noruega, cuando la realidad es que les esperaba, con todos sus buques, en Skager Rack.

Una vez más la superchería había triunfado.

José M. GARAT

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

A BUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

PARA anunciar en esta sección diríjase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, 9, entre-suelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

EL DOLOR



NO HACE ESTRAGO ALGUNO A LO QUE POR HABIA PRECAUCIÓN TIENEN EN CAJA UN FRASCO DE CEREBRINO MANDRI

USOS

Una cucharadita con agua UNA, DOS o TRES veces, vence todo dolor. El reumatismo febril cura tomándolo TRES o CUATRO veces, repartidas durante el día. En el dolor crónico, tomado en ayunas, OCHO o DIEZ días en cada mes.

Solicite prospecto al **LABORATORIO MANDRI** Provenza, 203 BARCELONA

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Vezes prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión. Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rama o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.



¿Quiere V. crecer 8 centímetros?

Lo conseguirá pronto a cualquier edad con el grandioso **CRECEDOR RACIONAL**. Procedimiento único que garantiza el aumento de talla y el desarrollo. Pida explicación, que remitiré gratis, y quedará convencido del maravilloso invento, última palabra de la ciencia.

Diríjase a D. Joaquín Llorís, Sucesor del Profesor Albert. Pi y Margall, 36, Valencia (España)

Conservas TREVILJANO





El «amigo del hombre» en el dolor de la guerra

En esta casa de un pueblo bombardeado primero y reconquistado más tarde, el perro no ha querido separarse de los escombros, y sigue entre ellos, guardián de la vivienda, en espera del regreso de los amos que acaso no vuelvan ya... (Fot. Video)



BARCELONA Y LOS HOSPITALES DE SANGRE

Algunas enfermeras durante la colecta celebrada a favor de los hospitales de sangre no subvencionados oficialmente. La ciudad respondió con su generosidad de siempre al nuevo llamamiento (Fot. Torrents)